

ALFABETO CRISTIANO
QUE ENSEÑA EL VERDADERO CAMINO DE
ADQUIRIR LA LUZ DEL ESPÍRITU SANTO.
Diálogo con Giulia Gonzaga.
Redacción castellana

Juan de Valdés
Ángel Alcalá Galve (ed. lit.)

A LA ILUSTRÍSIMA SEÑORA,
LA SEÑORA DOÑA JULIA GONZAGA

SU SEÑORA, MARCO ANTONIO MAGNO

Habiendo leído el diálogo en lengua castellana que tiene título *Alfabeto Cristiano*, compuesto por una persona que no ha querido gloria de nombre, y hala adquirido de hechos moviendo al lector a la piedad cristiana más que otra cosa que yo leyese jamás, me ha parecido, para más encenderme a seguir el verdadero camino de Cristo que él nos enseña, traducirlo a nuestra lengua italiana cuanto más claramente he sabido, no cuidando (con tal que sea entendido) de otras observancias de hablar toscano, mas solamente de usar casi las mismas palabras que ha usado el autor. Y así mando a V. S. Ilustrísima la efigie de sí misma, para que vea si he sabido hacerla razonar tan bien en su lengua como el compositor de la obra la supo inducir con razonamientos tan divinos al amor del Espíritu Santo.

A LA ILUSTRÍSIMA SEÑORA,
LA SEÑORA DOÑA JULIA GONZAGA

Forzado por el mandato de V. S. Ilustrísima, fuera de toda opinión mía, he escrito en diálogo todo aquel razonamiento cristiano en el cual el otro día, volviendo del sermón, tanto nos embebimos que fue necesario que la noche le concluyese. Y si bien recuerdo, no falta cosa ninguna de cuantas allí se razonó, ni hay cosa que aquí no haya sido examinada. Léalo V. S. cuando tendrá tiempo, y si alguna cosa faltará y si otra hallará de sobra y si nuevamente se le ofrecerá qué replicar en torno a lo que se ha dicho, adviértamelo, porque añadiendo lo uno y quitando lo otro, al fin el diálogo quedará bastante conforme a su voluntad. Pues que mi intención ha sido solamente ayudar y satisfacer a V. S. Y esto podrá servir de respuesta tanto a las personas que viendo este diálogo le tendrán por muy estricto y riguroso, como a las que les parecerá que sea algún tanto libre y licencioso, no considerando que yo no lo razoné con ellos, ni le escribí para ellos, sino solamente con V. S. y para V. S. y juntamente para todas aquellas personas que en su nombre y como de cosa suya se quisieren valer y servir de él. De V. S. quiero solamente dos cosas en remuneración del trabajo que he tomado estos días en escribir esto. La una es que no dé más fe ni más crédito a esto que aquí leerá de cuanto le parezca y juzgue que está fundado en la sagrada escritura y va dirigido y enderezado a la perfecta caridad cristiana, que es la señal por la cual Cristo quiere que sus cristianos, entre todas las personas del mundo, sean conocidos y diferenciados. La otra es que de este diálogo se sirva como se sirven de la gramática los niños que aprenden la lengua latina, de manera que lo tome como un alfabeto cristiano en el cual se aprenden los principios de la perfección

cristiana, haciendo estima de que, aprendidos éstos, ha de dejar el alfabeto y aplicar su ánimo a cosas mayores, más excelentes y más divinas. Esto conviene que haga V. S. como le digo, tanto por utilidad suya, cuanto por seguridad mía. Porque haciendo así, ni yo habré caído en el error en que caen aquellos que venden sus escrituras e imaginaciones al mismo precio que venden la sagrada escritura, con lo que mucho más dañan que aprovechan, ni V. S. caerá en el inconveniente en que caen las personas que con una santa simplicidad, sin pensar más adelante, se aplican a leer en las escrituras de los hombres. A las cuales, muchas veces acontece que, hallando en ellas la leche de la doctrina de los principiantes, toman tanto gusto en ella, que persuadiéndose de poder con sola ella alcanzar la perfección cristiana, no cuidan de ir a buscar el alimento de los perfectos, el cual solamente se halla en las divinas escrituras. Porque ellas solas de tal manera se acomodan a la capacidad de quien las lee, que al principiante dan leche y al aprovechado dan el manjar conforme a su provecho. De donde nace que tales personas dependientes de las escrituras de los hombres, y con ellas atadas, siempre se quedan imperfectas, aunque muchas veces se juzguen y tengan por perfectísimas. De donde deseando yo que V. S. no se tenga jamás ni juzgue por perfecta, y que en verdad lo sea a los ojos de Dios y del mundo, quiero que no se ligue a este escrito ni lo tenga en más aprecio del que debe tenerse al escrito de un hombre que, deseoso de ayudarla en este negocio cristiano, le muestra el camino por el cual podrá llegar a Cristo y unirse con Cristo. Y quiero que su intención sea hacer a Cristo pacífico poseedor de su corazón, de tal manera que Él rija y gobierne absolutamente y sin contradicción alguna todas sus cosas. Y cuando V. S. habrá hecho esto, créame que no se sentirá necesidad de cosa ninguna, de cuantas en esta presente vida le podrán dar entero y verdadero

*I Cor. 3,
1-3.
Heb. 5,
12-13.
I Pet. 2,
2.*

reposo y contento. Porque Cristo mismo la colocará y pondrá en los pastos amenísimos del conocimiento de su divinidad, en los cuales quieta y reposadamente dormirá y reposará. Y cuando yo veré y conoceré a V. S. en este glorioso estado, cierto y seguro de su provecho espiritual, no dudaré en creer que mi intención en este escrito ha sido toda cristiana y que el ánimo con el cual V. S. lo ha leído ha sido discreto, humilde y puro. Dios nuestro Señor lo haga, conforme a lo que V. S. Ilustrísima ha menester, y a lo que yo, como su aficionadísimo servidor, continuamente deseo.

ALFABETO CRISTIANO

Julia, Valdés.

JULIA Tengo tanta seguridad en nuestra amistad, que me parece puedo libremente comunicar con vos aun aquellas cosas que apenas se revelan al confesor. Por lo cual, queriendo ahora participaros algunas en las cuales me va más que la vida, os ruego que si no tenéis algo que mucho os importe en otro lugar, seáis contento de oírme atentamente lo que yo os quiero decir. Y mirad, que si no pensáis estar muy atento por tener el pensamiento en otra parte, decídmelo libremente, porque esto lo podré yo dejar para otro día.

VALDÉS Antes, Señora, recibo merced de que me mandéis que me quede. Y ya sabéis que no tengo negocios que me puedan impedir, sobre todo en lo que toca a vuestro servicio.

JULIA Bien, dejando de lado las vanas retóricas y las ceremonias inútiles, que están de más entre nosotros, quiero que sepáis que ordinariamente vivo tan descontenta de mí misma y de todas las cosas del mundo, y tan disgustada, que si vieseis mi corazón, estoy segura de que me tendríais lástima, porque en él no hallaríais sino confusión, perplejidad e inquietud. Y esto, ya más, ya menos, según las cosas que se me ofrecen. Mas nunca siento tanta calma en mi ánimo, que queriendo hacer cuenta con él, pueda acabar de entender qué es lo que querría, qué le satisfaría, o con qué se contentaría, de modo que no puedo pensar qué pudiese ofrecérseme hoy en día que bastase a quitarme esta confusión y calmarme esta in-

quietud, y resolverme esta perplejidad. De esta manera que os digo hace ya muchos años que vivo, en los cuales, como sabéis me han acontecido tantas cosas que bastarían para alterar un espíritu sosegado, tanto más para inquietar y confundir un ánimo disgustado y confuso como es el mío. Sabed, además de esto, que en los primeros sermones que oí a nuestro predicador, me persuadió con sus palabras de que por medio de su doctrina podría serenar y apaciguar mi ánimo, pero hasta ahora me ha sucedido al revés de lo que pensaba. Y aunque atribuya esto más a imperfección mía que a defecto suyo, todavía me da pena el ver que no se haya realizado mi esperanza y aunque esto fuese tolerable, sin embargo, lo malo es que en vez de sanar de una enfermedad he entrado en otra sin haber salido de aquélla. Ésta es una contrariedad grandísima y muy cruel, que siento dentro de mí tan enojosa y fastidiosa que, por mi salud, muchas veces se me vienen las lágrimas a los ojos, por no saber qué hacer de mí, ni en quién apoyarme. Esta contrariedad la han engendrado en mi ánimo los sermones del predicador, mediante los cuales me veo fuertemente combatida, de una parte por el temor al infierno y por el amor al paraíso, y de otra, por el temor de las lenguas de las gentes y por el amor a la honra del mundo. De suerte, que dos temores y dos amores, o por mejor decir, dos afectos de temor y otros dos de amor, son los que pelean en mí y me tienen tal desde hace unos días. Que si vos sintieseis lo que yo siento, os maravillaríais cómo lo pueda yo pasar y disimular. Esto es lo que en mí se halla, y en este estado que os he dicho mal o bien, como he sabido, están mis cosas. Y pues habéis mostrado tanta afición y voluntad de ayudarme en las cosas exteriores, os ruego seáis contento de ayudarme y aconsejarme en estas interiores, puesto que sé muy bien que si vos queréis, tenéis más parte para ayudarme en éstas que en las otras.

VALDÉS Decid, Señora, libremente todo lo que de mí queréis, y podéis estar cierta de que todo lo que podré y sabré lo emplearé en vuestro servicio siempre.

JULIA Con esta confianza he entrado con vos en esta plática, con la cual primeramente quiero que me digáis dónde creéis que nazca la confusión, duda y perplejidad, que hace ya tanto tiempo siento en mi ánimo, y si pensáis que podría remediarse y qué medio podría tenerse para esto. Y dicho esto, me diréis acerca de la contradicción que me ha nacido, desde que asisto a estos sermones, si sería posible por alguna vía apaciguarla o por acuerdo o verdaderamente o por contienda, porque de ninguna manera es posible poder durar mucho en esta tempestad de afectos, de apetitos, de imaginaciones y de diversidad de voluntades, y no quiero que perdáis tiempo en excusaros con las acostumbradas, por no decir fingidas, humildades, que en tal caso muchas veces se suelen usar.

VALDÉS Antes, sin más pensar, luego daré principio. Todavía, primero quisiera que me prometieseis una cosa.

JULIA ¿Qué?

VALDÉS Que si os hago capaz de la verdad, de donde proceden vuestra confusión inquietud y contrariedad, y os muestro el camino por el cual os podréis librar de la una y de la otra, me deis vuestra fe y palabra de que caminaréis por él.

JULIA Si estuviera tan segura de que haréis eso que decís, como estoy segura de que en tal caso haré lo que me pedís, ya comenzaría a tranquilizarme.

VALDÉS Bueno, yo espero, no tanto en mi habilidad o suficiencia cuanto en la afición y voluntad que tengo de servirlos, y asimismo, en vuestro vivo ingenio y en claro juicio, y sobre todo en la gracia de Dios, que antes que yo de aquí me vaya, no sólo sabréis lo que deseáis, sino que entenderéis y conoceréis el camino por el cual os podréis librar de la antigua enfermedad y de la accidental. Estad atenta, Señora, para que sobre cada cosa de la que os hablaré podáis replicarme lo que se os ocurrirá.

JULIA Así lo haré.

VALDÉS Para que entendáis, Señora, de dónde procede el trabajo y confusión que habéis dicho sentís hace ya mu-

chos años, quiero que traigáis a vuestra memoria cómo es hecho el hombre a imagen y semejanza de Dios.

El hombre imagen de Dios.

JULIA Dadme a entender qué es esta imagen y semejanza de Dios.

VALDÉS Antes quiero que san Pablo os la declare y así lo entenderéis por lo que dice a los Colosenses, cuando, amonestándoles que uno con otro traten verdad, les aconseja que para eso se despojen del hombre viejo con todas sus obras y afectos y que se vistan del hombre nuevo, el cual se renueva mediante el conocimiento de Dios y conforme a la imagen y semejanza del que lo crió. Y también lo entenderéis por lo que dice el mismo san Pablo a los de Éfeso, trayéndoles a la memoria que con ser cristianos han aprendido a desnudarse del hombre viejo y renovarse espiritualmente y vestirse del hombre nuevo creado a imagen y semejanza de Dios. De donde parece que en tanto el hombre conserva y guarda en sí la imagen y semejanza de Dios, en cuanto ve, conoce y entiende y gusta las cosas espirituales viendo y conversando espiritualmente. Sabido esto y examinado qué son las cosas que ponéis ante vuestro ánimo, entenderéis claramente cómo toda la inquietud y todo el afán y toda la confusión que sentís, procede de que vuestro ánimo quisiera que procuraseis restituírle la imagen de Dios a la cual fue creado y de la que parece que le habéis privado obedeciendo a vuestros afectos, y vos, perseverando en borrar esta imagen, le ponéis ante cosas transitorias y terrenas y en nada dignas de aquella excelencia para la cual fue creado. Y por eso no se puede satisfacer ni contentar con ninguna de ellas y os parece que no sabe lo que se quiere y por eso también no sabéis ponerle ante lo que él quisiera. Esto mismo que os pasa, pasó siempre a las personas del

Colos. 3, 9 ss.

Eph. 4, 22 ss.

mundo, de ingenio especulativo y juicio claro, las cuales, conociendo en verdad que sus ánimos no hallaban ni podían hallar entera satisfacción en las cosas corporales, se dieron a buscarla en las cosas que pertenecen al ánimo. Pero como les faltaba la luz sobrenatural, con la cual solamente se halla, ve y conoce la verdad, continuamente anduvieron peregrinando en diversidad de opiniones y pareceres. Y así, unos buscaban la felicidad en una cosa, y otros en otra. Las cuales no me entretendré en referíros las aquí, porque no vienen a vuestro propósito. Basta que sepáis esto, que todos ellos se engañaron y jamás pudieron imaginar, no digamos acertar, las cosas en las cuales consiste la felicidad verdadera, y si ellos hubieran tenido un poco de lumbre de fe facilísimamente y con la gracia de Dios la habrían conseguido, y así habrían quietado y pacificado sus ánimos. ¿Habéis entendido la causa de donde procede vuestra inquietud, confusión y trabajo?

JULIA Sí, muy bien.

VALDÉS Pues ahora sabed que se puede muy bien remediar y que el remedio está en vuestra mano.

JULIA ¿En mi mano?

VALDÉS Sí, en vuestra mano, porque siempre que queráis disponeros a hacer lo que os digo y que dice san Pablo en cuanto al renovar y restaurar en vos la imagen y semejanza de Dios, encontraréis la paz, la quietud y el sosiego del ánimo.

JULIA ¿Y cómo he de hacer esto?

VALDÉS Apartando vuestro ánimo de las cosas caducas y transitorias y aplicándolo a las estables y eternas, no queriendo ni procurando alimentarlo con cosas corporales sino espirituales, no alimentándolo de cosas mundanas sino de cosas celestiales. Y de este modo, hallando así vuestro ánimo el verdadero pasto y viéndose vestido de aquel hombre nuevo a cuya imagen y semejanza

Rom.

12, 2.

I Cor.

15, 45

ss.

Col. 4,

22 ss.

II Cor.

3, 8-18.

I Cor.

15, 47

ss.

Rom. 8,

23.

II Cor.

5, 2.

fue creado, vivirá siempre alegre y contento y aquí en esta vida comenzará a gustar de la felicidad de la que esperará gozar perpetuamente en la vida eterna, siendo así que la felicidad del hombre consiste en conocer con lumbre de fe a Dios por Cristo y en la unión del alma con Dios mediante la fe, esperanza y caridad. A la cual felicidad solamente llega el verdadero cristiano.

*Felicidad
del hom-
bre.*

JULIA Bien creería esto que decís, porque en verdad me parece fundado en razón; mas conociendo muchas personas que tienen tan y aun quizá más borrada la imagen de Dios que yo la tengo, y no presentando a sus ánimos cosas más espirituales que yo presento al mío, viven a gusto y hallan contento y satisfacción en las cosas de este mundo, no sé qué me crea.

VALDÉS Esas tales personas tendrán ánimos bajos y plebeyos, y por eso se darán paz con cosas bajas y plebeyas. Pero un ánimo gentil y generoso como el vuestro no puede quietarse ni sosegar sino con la dignidad para la que fue creado. Por tanto vuelvo a decir que si estáis disgustada y si vivís en confusión, es porque no volvéis vuestro ánimo a las cosas espirituales y divinas, y porque lo tenéis siempre ocupado en la contemplación de estas cosas bajas y transitorias. Esto lo entenderéis mejor por esta comparación. Parten dos personas de aquí para ir a España, de las cuales una es tan descuidada y olvidada de sí misma que si en el viaje le acontece algo agradable y deleitable, no solamente lo toma y goza, sino que olvidado de su viaje principal, con el cuerpo y con el ánimo se regocija y se entretiene con ello. Y la otra, por el contrario, es tan solícita y diligente que con todos los pasatiempos y fiestas que se la ofrecen, porque sabe y está cierta que allí no ha de quedarse, no los gusta ni se deleita con ellos, antes muchas veces le son enojosos y fastidiosos,

*Compa-
ración.*

considerando que son impedimento y embarazo para su camino principal. Y esta tal persona entonces tendrá menos satisfacción de estas cosas, cuando tendrá más impreso en la memoria su viaje principal, y aun cuando a veces se olvide de sí misma, y se olvide de su viaje, todavía le queda impreso en la memoria un no sé qué que la hace no hallar gusto en cosa alguna de las que en el viaje se le ofrecen. De esta misma manera, estamos nosotros personas en esta vida, las cuales todas nacimos y fuimos creadas, para conocer a Dios y creer en Dios y amar a Dios y después en la otra vida gozar de Dios. Sin embargo, hay algunas que apacentadas con los placeres de este mundo, no sólo se deleitan y se dan paz en ellos, sino que del todo se olvidan de la otra vida para la cual fueron creadas. Y también hay otras a las que siéndoles ofrecidos los mismos deleites y placeres, no los gustan, ni toman sabor de ellos, antes muchas veces les son fastidiosos e insípidos, teniendo siempre la mira en la otra vida para la cual Dios las creó. Y aunque olvidadas un cierto tiempo de sí mismas, pierdan la memoria de la otra vida, pues Dios está siempre a la puerta y llama, será imposible que hallen gusto ni sabor en las cosas de ésta, y sí pensarán o procurarán en él hallarlo, vivirán en la confusión y fastidio y en la inquietud que vos, Señora, vivís. De manera que pues aquel que bien sabe gozar de este mundo, goza de él no como de cosa propia, ni que le haya de durar, sino como goza el curioso y solícito viandante de los pasatiempos y fiestas que se le ofrecen en el camino, soy de parecer que vos, Señora, hagáis lo mismo: volved en vos, abrid las orejas de vuestra alma para que podáis oír las voces de Dios, y pensad como buena cristiana que en esta vida no podéis tener más reposo ni más contentación que los que os vendrán mediante el

*Para qué
somos
nacidos.*

conocimiento de Dios y de la fe y amor de Dios, y muy de veras afirmaos en este pensamiento, dejando a un lado todas las cosas que son transitorias y que no pueden durar, y haciéndolo así, os prometo que tardaréis mucho menos en sosegar y mitigar y dar paz a vuestro ánimo que lo que habéis tardado en inquietarlo. Y si no os sale esto así, soy contento de que jamás deis crédito a nada de cuanto os diré.

JULIA Verdaderamente creo habéis adivinado la causa de donde procede mi enfermedad, sin errar un punto. ¡Oh Dios, ayúdame!: ¡cuán ciegas andamos nosotros personas en el mundo! Asimismo, estoy cierta de que habéis también acertado en darme la medicina con la cual sane la enfermedad. Faltará que yo me encomiende a Dios y la tome, que del sanar no tengo duda, mayormente teniendo como tengo al médico de mi parte.

VALDÉS El verdadero médico de las almas es Cristo crucificado. Poned en Él solo toda vuestra confianza y lo acertaréis. *Gal. 3, 1.*

JULIA Porque de lo que habéis dicho me ha venido a la memoria una duda, en la cual suelo pensar muchas veces, os ruego que sobre esto me digáis vuestro parecer.

VALDÉS Preguntad a vuestro gusto.

JULIA Querría saber de vos de dónde les viene a las personas esta ceguedad de andarse perdidas tras cosas que deleitan al sentido, olvidadas de aquellas de las que principalmente deberían tener continuo cuidado.

VALDÉS Éstas son reliquias del pecado original.

JULIA Esto es lo que no entiendo. Dicen que en el bautismo nos perdona Dios el pecado original. Pues que así es que nos lo perdona, ¿cómo nos deja estas malas inclinaciones y esta ceguedad, que son tan perjudiciales para nuestra salvación?

VALDÉS Esto, Señora, lo habéis de entender de esta manera: que en el pecado original se consideran dos cosas, una, la culpa, y otra, la mala inclinación, que es ésta de la que vos habláis. Y así es que en el bautismo mediante la fe Dios nos perdona la culpa del pecado, y en cuanto a la mala inclinación poco a poco nos la va curando, y medicinando con su gracia de tal manera que tanto podría una persona hacerse perfecta con la gracia y favor de Dios, que casi viniese a perder todas las malas inclinaciones, todos los desenfrenados apetitos y todos los desordenados afectos que reinan en nosotros por el pecado original. Conforme es a esto lo que dice san Agustín, que el Espíritu de Dios restaura y renueva en nosotros la imagen y semejanza de Dios a la cual fuimos creados. Todavía lo entenderéis mejor por este ejemplo. Tiene un gran señor un servidor, al cual ama mucho y le hace mucho favor y gracia. Hace éste una ofensa grande al señor por la cual no solamente le priva de todo su favor y de toda su gracia, sino que con justo desdén le condena a muerte. Acontece que con el tiempo otra persona, acepta al señor, ruega por aquel servidor, al cual el señor por contemplación de aquella tal persona le hace gracia de la vida y, aunque no le admite al mismo grado de favor y gracia que antes que pecase tenía, le da entrada en su palacio y cámara para que, con el tiempo, pueda volver a entrar en el grado que antes estaba.

Pecado original.

Bautismo.

Comparación.

JULIA Con el ejemplo lo acabo de entender y me satisface tanto que quedo tranquila y sin ningún escrúpulo en cuanto a esto, y no penséis haber hecho poco.

VALDÉS Si hablase yo con persona de bajo, grosero y rudo ingenio, bien creería haber hecho algo, mas porque con quien he menester de poca industria para hacerla capaz de la verdad, de modo,

que no tendré de qué gloriarme sino solamente del crédito que dais a mis palabras.

JULIA Bueno, dejemos esto, vengamos a lo que hace al caso y decidme vuestro parecer acerca de la contradicción que siento.

VALDÉS Digo, Señora, que así como os compadezco y me duelo de que viváis en la confusión de que hasta aquí hemos hablado, así también estoy alegre y contento de que sintáis la contradicción que decís.

JULIA ¿Por qué?

VALDÉS Os lo diré. De la confusión me duelo, porque procede de culpa vuestra, como hemos dicho, y redundando en daño vuestro, como vos misma experimentáis; y de la contrariedad me alegro, porque conozco que procede de que la predicación del Evangelio hace en vos su primer efecto.

JULIA ¿Por qué llamáis a la contrariedad primer efecto de la predicación evangélica?

VALDÉS Porque así como lo primero que hace la luz entrando en una cámara oscura es echar fuera las tinieblas y manifestar y descubrir lo que con la oscuridad no se veía, así, de la misma manera, cuando la luz de la verdad evangélica comienza a resplandecer en el ánimo de una persona del mundo, echando en algún modo las tinieblas y oscuridades tanto de la sensualidad cuanto de la razón humana, descubre y saca a luz lo que estaba cubierto, y entonces esa tal persona, volviendo en sí, comienza a sentir cómo lo que antes tenía por bueno es malo y lo que juzgaba por verdadero es falso y lo que le parecía dulce es amargo. Y porque, por nuestra incapacidad y fragilidad, la luz de esta verdad evangélica no resplandece en los principios tanto en nuestros ánimos cuanto sería menester para desde luego echar fuera de ellos del todo la oscuridad, de tal suerte que clara y manifiestamente pudiésemos conocer el va-

Predicación del Evangelio.

lor y ser de las cosas, acontece, que combatiendo todavía las tinieblas con la luz y la razón humana con el espíritu cristiano, y hacen que se sientan los terremotos de contradicciones internas que vos, Señora, sentís. De esto tenemos tantos ejemplos así en la historia de Cristo que escribieron los Evangelistas como en la que escribió san Lucas de los hechos de los Apóstoles, como también en las epístolas de san Pablo, que si yo quisiese alegaros los lugares uno por uno, gastaríamos el tiempo en esto, y para no gastarlo los dejaré, porque vos misma, pues que tenéis el testamento nuevo en vulgar, los leáis, señaládoslos yo. Solamente os quiero decir esto: que podéis tener por don y beneficio de Dios esta contradicción que sentís, y que os debéis servir de ella dando lugar a la luz que resplandezca más en vuestra alma, y de este modo seréis libre de la contradicción y os haréis capaz para recibir los otros dones de Dios, que serán dulces y sabrosos y guárdeos Dios, Señora, de no sentir esta contradicción, porque es señal de dureza y obstinación.

JULIA Al fin, la resolución, ésta es la resolución que no puedo acabar de entenderos. Todo el tema del predicador es decir que la predicación del Evangelio aquieta y pacifica las conciencias, y vos ahora decís todo lo contrario. No sé qué deciros, sino que no os entiendo.

VALDÉS Pues yo haré que nos entendáis y, entendidos, conoceréis que ambos a dos decimos bien y que en nuestras palabras no hay contradicción. Y es así que el predicador dice muy bien que la predicación del Evangelio aquieta y pacifica las conciencias. Mas habéis de entender que hace este efecto en todas aquellas personas que reciben y abrazan a Cristo mediante la fe de modo que, mediante la predicación del Evangelio que anuncia remisión y perdón de pecados por Cristo, la fe pacifica y aquieta las conciencias, mas las de aquellos que tienen viva y entera fe. Asimismo, digo yo bien que la propia predicación engendra contradicción, terror y espanto, mas en aquellas personas que, si bien oyen la predicación, no se determinan a abrazarla mediante la fe, ni la miran sino como si

fuese ley de doctrina moral, y hallando que es contraria a sus afectos y apetitos y deseando conformarla con ellos, una vez quieren una cosa y otra vez desean otra, y no acabando de determinarse, sienten bien uno de los efectos de la predicación evangélica, mas no gozan de su fruto. ¿Habéis entendido?

JULIA Sí, muy bien, pero no entiendo por qué os agrada el verme en esta contradicción.

VALDÉS Porque es señal de que escucháis la doctrina, y si bien la predicación evangélica no obra en vos su oficio principal, que es el que el predicador dice, a lo menos me alegro de que hace el oficio de la ley, que es el que yo digo, y espero en la gracia de Dios que después que en vos hubiere hecho oficio de ley, hará también oficio de Evangelio.

*Gal. 3,
19, 4, 7.
Rom. 5,
20 ss.*

JULIA Me parece que voy entendiendo lo que queréis decir, pero tendré gusto en entender un poco más particularmente cuál es el oficio de la ley y cuál es el oficio del Evangelio.

VALDÉS Antes muy bien es, Señora, que entendáis lo uno y lo otro. Y sabed que la ley es regla de la conciencia, y así es que la conciencia no es otra cosa sino ley entendida, su oficio es mostrar el pecado, y también aumentarlo. Lo uno y lo otro entendió san Pablo por experiencia y, como bien experimentado, lo escribe a los Romanos en aquella su excelentísima epístola, y él mismo dice que la ley obra ira, porque las personas se resienten, se enojan y se alteran cuando con ley son apretadas. Dice más, que la ley es espiritual, porque no la guarda enteramente, ni la entiende bien, sino el hombre espiritual. Los profetas llaman a la ley yugo grave y cetro riguroso, y otros nombres de esta calidad que significan severidad. Y cuando Dios dio la ley a Moisés, el pueblo de Israel que estaba al pie del monte sintió grandes

La ley.

*Rom. 7,
7.*

truenos y relámpagos, de modo que todos temblaban de miedo y espanto. Lo cual dicen todos que significaba el terror y el espanto y la contradicción de afectos que la ley engendra en los ánimos de las personas a las cuales es dada. Mas con todo esto habéis, Señora, de saber, que la ley no es muy necesaria, porque si no hubiese ley, no habría conciencia, y si no hubiese conciencia, el pecado no sería conocido, y si el pecado no fuese conocido, nosotros no nos humillaríamos, y si nosotros no nos humillásemos, no adquiriríamos la gracia, y si no adquiriésemos la gracia, no seremos justificados, y no siendo justificados, no salvaremos nuestras almas. Y esto creo yo que quiera entender san Pablo donde dice que la ley es como un pedagogo o ayo que nos conduce y lleva a Cristo para que mediante la fe seamos justificados. Veis aquí el oficio de la ley. El cual oficio hace asimismo el Evangelio, mas en las personas que no lo reciben sino como ley, pero en las que lo reciben como nuncio o mensajero de gracia y de paz, su oficio propio es sanar las llagas que hace la ley, predicar gracia, paz y remisión de pecados, serenar y pacificar las conciencias, dar espíritu con que se cumpla lo que la ley nos muestra de la voluntad de Dios y con que se combata con los enemigos del alma y con que se venzan y abatan por tierra. Y así Cristo vino manso, humilde, pacífico y lleno de amor y de caridad, y no terrible ni espantoso como la ley. De modo que la ley nos enseña lo que hemos de hacer y el Evangelio nos da espíritu con el cual lo podamos cumplir. La ley hace la llaga y el Evangelio la sana, y finalmente la ley mortifica y el Evangelio vivifica. No me cuido de ir confirmando esto con autoridades de la Sagrada Escritura, por no ocupar tiempo.

*Gal. 4,
1 ss.*

*El Evan-
gelio.*

*Mat. 21,
5.*

JULIA Muy bien hacéis. No os cuidéis sino decir vues-

tras razones, que cuando diréis alguna que me parezca dura, os pediré que me la confirméis con alguna autoridad de la escritura.

VALDÉS Sea así, y pues ya habéis entendido el oficio de la ley y el oficio del Evangelio, y con esto aún os será más manifiesta la causa de donde nace la contradicción que sentís, será bien que pasemos adelante.

JULIA Primero quiero que todavía me digáis algo más sobre esto.

VALDÉS No sé qué más deciros si no voy al *caso* particular.

JULIA Bien, esto es lo que quiero.

VALDÉS El predicador, Señora, con sus sermones ha despertado en vuestra memoria lo que ya sabíais del paraíso y del infierno y ha sabido pintároslo tan bien que el temor al infierno os hace amar el paraíso y el amor al paraíso os hace temer el infierno. Y como juntamente con mostraros esto os dice que no podéis escapar del infierno ni alcanzar el paraíso sino mediante la observancia y guarda de la ley y de la doctrina de Cristo, y como ésta os la declara de modo que os parece no la podáis cumplir sin poneros a peligro de ser motejada, desestimada, despreciada y tenida en poco por las personas del mundo, peleando en vos de una parte el proveeros para la otra vida y de otra el no querer la confusión de ésta, se engendra en vos la contradicción que sentís, la cual toda nace del amor propio, con que os amáis a vos misma: teméis el infierno por vuestro interés, amáis el paraíso por vuestro interés, teméis la confusión del mundo por vuestro interés, amáis la gloria y el honor del mundo por vuestro interés. De modo que en todas las cosas que teméis o amáis, mirado bien, os encontraréis a vos misma.

JULIA Pero ¿a quién queréis que encuentre en mis cosas, sino a mí misma?

*Paraíso,
e infier-
no.*

*Amor
proprio.*

VALDÉS Quiero que encontréis a Dios y no a vos, si queréis estar libre de la contradicción, confusión, inquietud, descontento y otros más de mil inconvenientes de los cuales no os podréis jamás librar: pero mientras encontraréis a Dios, encontraréis paz, serenidad, quietud, contento, alegría y espíritu y tanta infinidad de bienes espirituales que no sabréis cómo recogerlos. Ahora, si queréis despreciarlos y si queréis privaros del paraíso y obligaros al infierno por no querer salir un poco de vos y entrar en Dios, vos. Por mí tan sólo os certifico que no habría cosa en el mundo que me pudiese dar igual satisfacción y contento como sería el veros caminar por este camino cristiano, porque conozco vuestro ánimo tan bien inclinado, que tengo por cierto que si comenzaseis a enamoraros de Dios, venceríais en santidad a muchas santas de las que están en el cielo.

JULIA No deseo otra cosa, Dios sabe mi voluntad.

VALDÉS Pues que la deseáis, ¿por qué no la tomáis?

JULIA Porque no sé darle forma, para esto.

VALDÉS Fuerza, fuerza, que no forma, Señora, requiere el negocio evangélico. Y por tanto decía Cristo que desde el tiempo de san Juan Bautista padecería fuerza el reino de los cielos y que los que se hacen fuerza a sí mismos son los que lo arrebatan. Por lo que, si vos queréis coger el reino de los cielos, haceos fuerza a vos misma y así no temeréis cosa alguna, porque, como decía una gran señora de España, aunque creo no a este propósito, «Quien se vence, a nadie teme».

*Mat. 11,
12 ss. y
Paral.*

JULIA Dejemos las palabras, el hecho es que toda mi confusión, mi inquietud y mi contradicción cesarían entrando en el camino de Dios, y por esto me determinaría desde luego a entrar en él, pero me parece que es tan dificultoso de hallar que no oso ponerme a buscarlo.

VALDÉS ¿Por qué veis que es dificultoso de hallar?

JULIA Porque veo pocos que caminan por él.

VALDÉS En cuanto a esto tenéis razón que pocos caminan por él, mas sabed que esto no nace tanto de la dificultad del camino cuanto de nuestra malicia e imperfección. Y porque os quiero confirmar en esta verdad, quiero que sepáis que en la vida presente hallaréis cinco clases de personas. Algunas que no conocen el camino de Dios ni lo quieren conocer porque adivinan que para caminar por él conviene privarse de sus pasatiempos y placeres, y estas tales personas, aunque no con la boca sino con el corazón, dicen aquellas palabras que dice Job notando la impiedad de los impíos: «Apártate, Señor, de nosotros, porque no queremos conocer ni saber tus caminos.» De estas mismas dice David: «Dijo el necio en su corazón, no hay Dios», porque en verdad no querían que hubiese Dios. Hallaréis otras personas que conocen el camino de Dios, pero vencidas de sus aficiones y apetitos no acaban de determinarse a caminar por él. De estas tales dice Cristo «que el siervo que sabrá la voluntad de su señor y no la hará será más ásperamente castigado», y así es en verdad, que aun en este mundo sienten las tales un continuo remordimiento de conciencia, el cual las tiene siempre desabridas y mal contentas. Hallaréis otras personas que quieren y tienen voluntad de saber y conocer el camino de Dios, pero estando ligadas al amor de las cosas de esta presente vida, y tomando demasiado deleite en ellas, no las quieren dejar, y así no se disponen de modo que Dios les haya de enseñar y mostrar su camino. A las tales pone luego el demonio delante ciertos caminos enmascarados y les da a entender que son los verdaderos caminos, y ellas, ciegas con el amor propio de sí mismas, de buena gana se dejan engañar y danse a entender que Dios las lleva, y es el demonio quien las guía. De

Dificultad en el camino de Dios.

Cinco clases de personas.

Impíos.

Job. 21, 14.

Ps. 14, 1; 53, 2.

Ciegos.

Mat. 25, 26.

Desvariados.

aquí nacen las demasiadas ceremonias, nacen las perniciosas supersticiones y nacen las falsas devociones. De estas tales personas dice Dios por Isaías: «Cada día me van buscando y quieren saber y conocer mis caminos, como gente que haya vivido justamente y que no haya abandonado el juicio y justicia del Señor Su Dios.» Hallaréis otras personas que quieren conocer este camino de Dios y se disponen a ello. Estas tales, sintiendo en el alma la voz de Cristo que dice: volved en vosotros, que andáis perdidos, no es bueno el camino por el cual camináis, porque no se va por él al reino de los cielos, vuelven en sí, y conociendo que van perdidas, abandonan el camino que seguían, y antes de tomar alguno ruegan a Dios que les muestre el verdadero camino, y ésta es la disposición. Estas tales sienten al punto a Cristo que les dice: «Quien querrá caminar por el camino verdadero y cierto, niéguese a sí misma, y tome su cruz a cuestras, y sígame, imitándome en lo que me puede imitar», sienten que en otro lugar les declara esto diciendo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón», así al instante entran por el camino de la negación de la propia voluntad, y de la paciencia y verdadera humildad. Hallaréis otras personas que conocen el camino de Dios y caminan por él, algunas con más y mayor fervor que otras, no obstante, con tal que ni unas ni otras se aparten del camino ni lo abandonen, van bien, y éstas en verdad son pocas, como vos, Señora, decís, aunque no son tan pocas como pensáis, porque, por ser su camino espiritual, no pudiendo ser vistas sino con ojos espirituales, no es posible que sean conocidas sino por las mismas personas que caminan por el mismo camino. Éstas viven con continua ansiedad de no ofender a Dios, y, si a veces por fragilidad, vencidas de la tentación, caen en algún pecado

Supersticiosos.

Prudentes.

*Mat. 16,
24 y Pa-
ral.*

*Mat. 11,
25.*

Santos.